

15° Capítulo del Abad General para el CFM – 11.09.2012

“El segundo grado de humildad es que el monje, al no amar su propia voluntad, no se complace en satisfacer sus deseos, sino que cumple con sus obras aquellas palabras del Señor: «No he venido para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado» (Jn 6,38). Y dice también la Escritura: «La voluptuosidad (*voluptas*) lleva su castigo y la sumisión reporta una corona»” (RB 7,31-33).

A decir verdad, este grado comienza en el primero, cuando escribe san Benito: “En cuanto a la propia voluntad, se nos prohíbe hacerla cuando nos dice la Escritura: «Refrena tus deseos» (Si 18,30). También pedimos a Dios en la oración «que se haga en nosotros su voluntad» (cfr. Mt 6,10)” (RB 7,19-20).

La idea que domina es que hay un ejercicio de nuestra voluntad que nos repliega sobre nosotros mismos, y un ejercicio que, por el contrario, nos abre a lo que nos supera. Cuando la voluntad está al servicio del placer, del propio interés, de la propia ganancia, convirtiéndose más que en *voluntas* en *voluptas*, la privamos del impulso que le ha sido dado como elemento de la imagen de Dios en nosotros. La voluntad es la facultad que refleja en nosotros la capacidad de amar como Dios ama, la capacidad de querer y desear al otro en cuanto otro, y no como objeto a consumir para nuestro placer. La voluntad nos ha sido dada por Dios para desearlo por encima de toda otra cosa, para desear el infinito que es Dios mismo. Sin embargo, la *voluptas* es la búsqueda de un placer sobre el que nos replegamos, renunciando a la tensión hacia el infinito. Es el placer que quiere consumir y no amar en la alegría sin fin de la gratuidad.

Pero ¿cómo sustraernos a la tendencia que está en nosotros, pecadores, de querer poseer enseguida el objeto de nuestros deseos, de querer poseerlo para nosotros solos, solamente para nuestro placer? Esta tendencia no atañe solo al deseo afectivo, sexual, sino a todos los deseos del corazón humano: deseo de riqueza, deseo de poder, deseo de belleza, deseo de ser amados... Cada uno de estos deseos podría ser bueno, o servir para el bien, si lo viviésemos sin replegarnos sobre nosotros mismos, sin que el objeto de estos deseos se convierta en una presa, en un robo.

San Benito nos ayuda a entender que Jesucristo nos quiere encontrar y liberar precisamente en este aspecto de la miseria de nuestro corazón. Jesús quiere tomarnos de la mano y acompañarnos en el camino para salir de este bosque oscuro, de esta jungla de nuestros deseos replegados sobre nosotros mismos y que sofocan en nosotros la libertad de amar y el deseo de Dios para el que hemos sido creados.

Para guiarnos en esta liberación de nuestra voluntad, de modo que llegue a amar con gratuidad, Jesús ha caminado delante de nosotros dándonos ejemplo de esta vida nueva, de este corazón nuevo que quiere recrear en nosotros.

Aquí tenemos que retomar el himno cristológico de Filipenses 2 que cité hace unos días. A partir de las palabras con las que san Pablo introduce este himno: “No obréis por rivalidad ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (Fil 2,3-5).

Y en el himno se subraya precisamente el hecho de que Jesús, siendo Dios, “no hizo alarde de su categoría de Dios” (2,6). Literalmente: “no retuvo como una presa su categoría de Dios”, es decir, como algo a lo que aferrarse y mantener para sí solo, para su placer.

La humildad de Jesús hasta el despojamiento total de sí en la Cruz, va contra toda la corriente de la voluptuosidad, de la concupiscencia del mundo, de la humanidad pecadora, contra la corriente de la búsqueda espasmódica del propio interés, de la propia ganancia, del propio placer, que envenena los corazones y las relaciones de toda la humanidad.

Jesucristo es el buen pastor que, perdiendo su vida por nosotros, nos conduce a la liberación de nuestra voluntad, del replegarse sobre sí del mercenario, del ladrón y del bandido, o hasta del lobo, para conducirnos a los pastos inagotables de su amor (cfr. Jn 10,1-18).

Esto quiere decir que Cristo nos ayuda, ante todo, a salir del miedo de renunciar a nuestro placer e interés. Si aferramos los objetos de nuestros deseos como una presa y los devoramos enseguida, es porque tenemos miedo de no ser satisfechos, de no encontrar la alegría, la satisfacción del deseo de nuestro corazón. Si nos replegamos sobre nosotros mismos es porque tenemos miedo de perdernos, de encontrarnos sin nada, sin alegría. La mentalidad del mundo presenta a los grandes viciosos como héroes, gente intrépida que tiene el valor de asir y gozar de todos y de todo. En realidad son personas que tienen mucho miedo, miedo de no ser felices, miedo de dar su vida. Son como náufragos en un río en crecida que se aferran inútilmente a todo lo que puede darles apoyo.

Jesús se acerca al hombre que vive así, y cada uno de nosotros, de una u otra forma, tiene dentro a este hombre y, antes de juzgarlo o condenarlo, le habla del Padre, de la fe que Él tiene en el Padre y que podemos tener también nosotros. Releed el encuentro con la Samaritana (Jn 4), o con Zaqueo (Lc 19,1-10), o los diferentes encuentros con los publicanos y las prostitutas. De una u otra forma, Jesús se sienta al lado de quien es esclavo del placer y, antes de hablarle de cambiar la vida, le transmite su confianza de que en el deseo del Padre se puede perder toda atadura al interés propio sin perder la plenitud de la vida, la felicidad. Al contrario, este desapego es el que da la seguridad de poseer lo que verdaderamente desea nuestro corazón.

Volvamos a nuestros grados de humildad y a la renuncia a la voluntad propia que san Benito nos pide. Descubramos que esta renuncia, nos la pide uniéndonos a Cristo, que se abandona con confianza y deseo a la voluntad del Padre: “El segundo grado de humildad es que el monje, al no amar su propia voluntad, no se complace en satisfacer sus deseos, sino que cumple con sus obras aquellas palabras del Señor: «No he venido para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado» (Jn 6,38)” (RB 7,31-32).

San Benito nos pide renunciar a la voluntad propia recordándonos la oración del Padre nuestro: “Hágase tu voluntad” (RB 7,20). Es decir, nos pide renunciar a nuestra voluntad pidiendo al Padre con confianza, como Jesús, que se haga su voluntad, porque en la amistad de Cristo nuestro corazón no teme ya abrir las manos, con las que querríamos asir y estrechar todo y a todos, para abrazar al Padre que nos ama y nos da la vida y cada cosa al céntuplo de su gratuidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist